

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 188 – 15 de noviembre de 2016

En este número

1. Sobre míster Trump y missis Clinton, *Emilio Álvarez Frías*
2. Esas fotos pequeñas, *Manuel Parra Celaya*
3. El alelado Paco Vázquez, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. ¡Qaraqosh ha sido liberado!, *Belén Navajas Josa*
5. John Wayne cruza el Rin, *Fernando Sánchez Dragó*
6. Napoleón, el comunismo y Donald Trump, *Javier R. Portela*
7. Gran Apoyo, *Alfonso Ussía*
8. La «alarma social» como excusa, *Adolfo Prego*
9. Con Donald Trump mejorarán el aborto y la libertad religiosa, *P.J.G. / ReL*

Sobre míster Trump y missis Clinton

Emilio Álvarez Frías

Siento un poco rubor, no mucho, al decir que no he sentido preocupación alguna en seguir la batalla campal llevada a cabo en EE.UU. entre Hilary Clinton y Donald Trump para acceder al despacho oval, que parece una definición un poco más completa que el sillón de La Moncloa. Como todos, hemos escuchado y leído que el ciudadano Trump es un desmelenado que ha dicho barbaridades sin cuento y que la ciudadana Hilary no se ha quedado atrás aunque con más refinamiento e incisión; y que el señor Trump es cristiano a pesar de sus gestos y algunas prácticas, y que la señora Clinton es seguidora del transgénero de Obama y defensora a ultranza de Planned Parenthood; y también que Trump quiere echar al mar o a Río Grande a todos los emigrantes sin papeles y que Hilary ha armado a los yihadistas y promocionado el Estado Islámico según se deduce de sus correos electrónicos; y muchas más cosas. Por todas esas cosas siento también ese rubor y hasta estoy un tantico avergonzado. Lo que soluciono diciéndome que sabe Dios si todo eso es cierto y preguntándome su acaso no es sólo eso y no muchísimo más lo que la política USA asperja por el mundo entero mientras nosotros nos prestamos a intentar conocer lo que pasa en nuestra casa, que tampoco es fácil deducir.



No queda ahí solo la cosa. Pero son fundamentales para enjuiciar, aunque solo sea por encima, la calidad de los intérpretes de la función. Seguro que cada quién tendremos la nuestra sobre cada uno de los contendientes, y seguro que serán de lo más pintorescas, atinadas o extravagantes, por no decir mal intencionadas, de rechazo o repulsa, de admiración, etc. A mí míster Donald me parece un patán, y seguro que estoy equivocado porque ha dado muestras de lo contrario; y a missis Hilary la veo

como una serpiente, aunque estoy convencido de que estaré errado, aunque no me fie un pelo de ella, y puede que sea otra cosa, sibilina por supuesto, pero muy ambiciosa y hábil para intentar conseguir lo que se propone, aunque en esta oportunidad no ha habido suerte y la caza se le escapó.

Va estando claro que soy la persona menos indicada para intentar hablar de la política de la América del Norte, de sus personajes y por ende de la influencia que, al acceder a la presidencia, uno u otro tendrán en el mundo, ejercerán sobre el resto de los países y sobre los conflictos existentes.

Hay otro índice que considero que las personas normales debemos tener en consideración: casi todos los comentaristas están en contra de Trump, los más destacados líderes de los partidos de izquierda hablan pestes de él y si pudieran lo lapidarían. Por lo tanto, algo bueno ha de tener. Y si, como es lógico, una vez terminado el enfrentamiento, modera sus expresiones, se pone en el acendrado espíritu patriótico y de servicio a su nación que muestran los dirigentes USA, con el manto que a todos les unce, me quedo con él. Me fío más de él que de missis Clinton.



Y como se desea a los toreros al salir al coso: que Dios reparta suerte.

Para seguir pensando sobre el particular, pues no acaba aquí la meditación, me proveo de un botijo de Manises, de hechura clásica, aunque decorado a mano una vez salido del horno. Untos pasearemos por las calles de Madrid invitando a los viandantes al tiempo que los consultamos sobre los resultados de estas elecciones así como de la opinión que tienen de sus intérpretes. Seguro que las respuestas serán difíciles de unificar, salvo que sobre un papel donde consten dos o tres preguntas mis compadres marquen con la clásica X la respuesta que consideren más adecuada.

Esas fotos pequeñas...

Manuel Parra Celaya

Un escaparate de mi barrio barcelonés está decorado, artísticamente, con un vetusto proyector de Súper 8 y unas tiras de película de celuloide que ornan los objetos expuestos a la venta. Me detengo a contemplar el conjunto y, a mi lado, una pareja de veinteañeros hace lo propio; él se agacha para ver con detalle y, sorprendido, le dice a su acompañante: «¡Anda, cuántas fotos pequeñas...!».

Lo entiendo: ¿llegó acaso mi ocasional vecino de escaparate a conocer el sistema del vídeo? No digamos el modelo *beta*, o aquel artilugio -tan fugaz- en que las imágenes estaban impresas en un disco tipo *LP*. Evidentemente, no. Por supuesto, dominará las últimas tecnologías para proyectarse películas en su pantalla del televisor, del ordenador o del móvil (cosa que reconozco, con toda humildad, que no soy capaz de hacer yo sin ayuda). Es normal -lo del joven, no lo mío-. ¿Sabrá qué es un molinillo de café manual? ¿Le habrán explicado que sus abuelos tenían neveras que no eran eléctricas o que cocinaban en su pueblo con fogones domésticos de carbón? Quizás todo esto no tenga la menor importancia, pues la aceleración histórica y los avances tecnológicos se suceden a una velocidad de vértigo; posiblemente, los hijos de esa pareja -en el supuesto de que decidan tenerlos algún día- ni siquiera sabrán lo que es un *DVD* o lo que popularmente denominamos *pinganillo*.

Lo grave puede ser, en todo caso, que esta carencia de conocimientos acerca de las pequeñas cosas que informaron el pasado de nuestra sociedad esté ampliada a las *grandes cosas* que informan nuestra cultura y, en general, el mundo del pensamiento y de los hechos humanos. Y mucho me temo que eso sea la constante en nuestros días. Porque ya sabemos que la

Postmodernidad rehúye los *grandes relatos* por sospechosos, pero esta sospecha parece que se extiende, más peligrosamente, al mundo del aula, en el que la *espontaneidad* y el desarrollo y evaluación de las *competencias* prevalece sobre todo, especialmente sobre la cultura heredada.

La cosa viene de antiguo; ya el majadero de Rousseau afirmaba que el niño debe desconfiar de los textos escritos y no tiene que aprender nada de memoria. Mucho más modernamente, Gramsci –que no tenía nada de majadero– se propuso enmendar la plana a la anacrónica



estrategia leninista de subvertir la *estructura* social para su revolución, y volcó sus esfuerzos en *Deconstruir* el pensamiento y la moral de los hombres –a través, entre otras cosas, de la deconstrucción del lenguaje– para subvertir la *superestructura*, responsable de las creencias, los valores y las ideas que nos vienen de nuestros antepasados.

Sea por prurito de seguir el *Emilio*, sea porque la alargada sombra de Gramsci se proyecta sobre el presente, o sea, simplemente, porque nos sentimos a gusto como postmodernos, lo cierto es que el desprecio de la historia y del pasado *importante* –y no solo de las *fotos pequeñas*– se ha impuesto por doquier. Cita Gregorio Luri una frase que nos viene al pelo: «*El tonto no se inquieta cuando le dicen que sus ideas son falsas, sino cuando le dicen que pasaron de moda*». Más de una vez me ocurrió en mis clases de literatura que, a pesar de mis esfuerzos didácticos por *revivir a los clásicos*, algunos alumnos sonreían desdeñosamente al considerar que Manrique, Cervantes, Machado o Lorca

eran antigüallas que no iban para nada con ellos.

¿Solo los alumnos de la Secundaria Obligatoria piensan así? ¿Qué político, periodista o *tertuliano* osará poner sobre su mesa mediática ideas, actitudes o *doctrina* de Ortega, Menéndez Pidal, Marañón o Madariaga? Y, si lo hace, ¿qué adversario no le echará en cara que está hurgando en las sombras inertes del pasado?

Pero hablábamos de la escuela, que fue creada para permitir la transmisión a las nuevas generaciones de lo que la sociedad más apreciaba de sí misma, nos dice el mencionado Luri; pero parece que se ha impuesto otra cosa, por mor de los sofismas del *constructivismo*: la abolición por decreto de la cultura común, su ocultación en el olvido, su cualidad inútil de curiosidad reservada para eruditos, por otra parte nulos para la buena marcha de la maquinaria social y del mundo. Lo que pertenece al presente, fugaz por definición, a lo inmediato, es supervalorado, y, así, será rápidamente desplazado por otra innovación. No es extraño que los últimos años de la educación estén repletos de bandazos, de saltos en el vacío, mientras las nuevas generaciones van surgiendo sin *solidaridad cultural* con las que les precedieron.

Si la cultura, para Ortega, era «*una interpretación, esclarecimiento, explicación o génesis, de la vida*», huérfanos de ella, preferimos levantar sucesivos y caducos altares a la novedad de cada día, que pronto dejará de serlo.

Hace algunos días, Juan Manuel de Prada publicaba un sugestivo y acertado artículo que titulaba, sin el menor afán necrológico, *La democracia de los muertos*, en el que sostenía con toda razón que no puede existir *solidaridad entre los hombres* sin aceptar la aportación de quienes, a base de esfuerzo, nos legaron una herencia; que hay que tener bien entendido que lo hicieron a título de usufructo, no de propiedad exclusiva; la generación actual no puede permitirse el lujo de arrasar –por desconocimiento cultural o por *deconstrucción* política– con este legado. En el que se incluye, por supuesto, España.

José M^a García de Tuñón Aza

Espero que todos los lectores sepan quién es Paco Vázquez. Fue alcalde de La Coruña a lo largo de varios años con el Partido Socialista. Después, con el mismo Partido, embajador ante la Santa Sede y ahora se dedica, una vez jubilado, a decir de vez en cuando alguna tontería que otra. En el programa de televisión *La Marimorena*, hace unos días, dijo que José Antonio Primo de Rivera –que no sabe quién fue–, había manifestado, en cierta ocasión, que prefería la calle al Parlamento. A mí no me consta que el fundador de Falange haya dicho jamás semejante cosa, pero va éste indocumentado lo suelta en ese programa, de gran audiencia, y se queda tan tranquilo. Y lo que es peor también, ninguno de los tertulianos asistentes en el plató le corrige porque tampoco saben quién fue José Antonio. Todos quedan mudos, incluso alguno parece que pone cara de felicidad escuchando lo que el socialista estaba diciendo.

En ese momento me acordé del artículo que escribió José Antonio, titulado *La victoria sin alas*. No es que guarde mucha relación con la tontería que pronunció Vázquez, pero como es uno de los artículos más bellos que escribió el fundador de Falange, no sé por qué, me vino a la cabeza. No lo pude evitar. En su día, el artículo fue tachado por la censura de aquella idílica República; después reproducido en *Arriba* el 12 de diciembre de 1935.

Estas palabras escribió José Antonio.

España entró otra vez en el sorteo del 19 de noviembre. Está bien que las urnas se parezcan al bombo de la lotería. Tanto da que la bola ruede la primera hacia el agujero como que un manojo de papeletas abrume a otro manojo. Aquello lo decide cualquier duende encargado de los azares de la lotería; esto, cualquier espíritu, bueno o malo, de justicia, de represalia o de histeria. Puro azar, un buen chiste contra un candidato puede privarle de triunfo a última hora. La comezón de sacudir un Gobierno que irrita puede determinar a un pueblo a derribar mil cosas. España se jugó otra vez al juego de las papeletas el 19 de noviembre.

Y hay quien cree que en ese sorteo se ha ganado nada menos que la contrarrevolución. Muchos se sienten tan contentos.

Una vez más tiende España a cicatrizar en falso, a cerrar la boca de la herida sin que se resuelva el proceso interior. Sencillamente: a dar por liquidada una revolución cuando la revolución sigue viva por dentro, más o menos cubierta por esta piel endeble que le ha salido de las urnas.

No se olvide un dato: hay algunas provincias –sobre todo en las andaluzas– donde el 60 por 100 del censo se ha quedado sin votar. En pueblos enteros de miles de electores, se han contado por escasos centenares los votos emitidos. Mientras esos pocos electores votaban, muchedumbres torvas, hostiles, apiñaban en las esquinas la amenaza de su presencia, envolviendo en el mismo rencor a los candidatos de todos los bandos. «Todos son lo mismo, gruñían los campesinos andaluces. ¿Qué nos importa a los obreros eso? ¡Qué se destrocen los políticos unos a otros!». Las paredes blancas de los pueblos se ensangrentaban en imprecisiones. «No votes, obrero. Tu único camino es la revolución social». Y unos grabados tormentosos, oscuros, con tenebrosa calidad de aguafuertes, presentaban figuras famélicas con inscripciones como ésta: «Mientras el pueblo se muere de hambre, los candidatos gastan millones de propaganda. ¡Obrero, no votes!»

En muchos sitios los obreros no han votado. Se han permitido el lujo escalofriante de regalar a la burguesía –a la derecha principalmente– la máquina de legislar. Una orden dada a tiempo por los sindicatos, una movilización general de masas proletarias, hubiera producido la derrota de quién sabe cuántos candidatos de las derechas. Los obreros lo sabían y, sin embargo, se han abstenido de votar. Hay que estar ciego para no ver bajo ese desdén la amenaza terrible hacia quienes se consideran vencedores.



Las derechas están con su Parlamento recién ganado como un niño con juguete nuevo. Creen, así Azaña hace poco, que el mundo es ese mundo que se ve con la linterna mágica del Parlamento. Encerrados en el Parlamento se creen en posesión de los hijos de España. Pero fuera hierve una España que ha despreciado el juguete.

La España de los trágicos destinos, la que por vocación de águila imperial, no sirve para cotorra amaestrada de Parlamento. Esa que ruge imprecaciones en las paredes de los pueblos andaluces y se revuelve desde hace más de un siglo en una desesperada frustración de empresas. La España de las hambres y de las sequías. La que de cuando en cuando aligera en un relámpago de local ferocidad embalse seculares de cólera.

Esa España mal entendida, desencadenó una revolución. Una revolución es siempre, en principio una cosa anticlásica. Toda revolución rompe al paso, por justa que sea, muchas unidades armónicas. Pero una revolución puesta en marcha sólo tiene dos salidas: o lo anega todo, o se la encauza. Lo que no se puede hacer es eludirla; hacer como si se la ignorase.

Esto es lo grave del momento presente, los partidos triunfantes, engollipados de actas de escrutinio, creen que ya no hay que pensar en la revolución. La dan por acabada. Y se disponen a arreglar la vida chiquita del parlamento y de sus frutos, muy cuidadosos de no manejar sino cosas pequeñas. Ahora empiezan los toma y daca de auxilios y participaciones. Se formarán Gobiernos y se escribirán leyes en papel. Pero España está fuera.

Nosotros lo sabemos y vamos a buscarla. Bien haya la tregua impuesta a los descuartizadores. Pero desgraciados los que no lleguen al torrente bronco de la revolución, hoy más o menos escondido, y encaucen para bien, todo el ímpetu suyo. Nosotros iremos a esos campos y a esos pueblos de España para convertir en impulso su desesperación. Para incorporarse a una empresa de todos. Para trocar en ímpetu lo que es hoy justa ferocidad de alimañas recluidas en adures, sin una sola de las gracias ni de las delicias de una vida de hombres. Nuestra España se encuentra por los riscos y los vericuetos. Allí la encontraremos nosotros, mientras en el palacio de las Cortes enjaulan unos cuantos grupos su victoria sin alas.



Sin dudarle un momento, aconsejo a Paco Vázquez, que así lo llaman sus amigos, a que lea este artículo y, de paso, rectifique la bobada que dijo sobre José Antonio. Si rectifica –algo que, supongo, nunca hará–, le quedaré muy agradecido. Mientras tanto, seguiremos en esta España de los trágicos destinos que en octubre de 1934, los socialistas, que él representa, prefirieron la calle al Parlamento. Pero de esto optó por no decir nada. Como buen socialista y buen mentiroso, por aquello de miente que algo queda, mejor inventarse y decir la majadería que puso en boca del fundador de Falange.

¡Qaraqosh ha sido liberado!

Belén Navajas Josa

¡Qaraqosh ha sido liberado! Estas cuatro palabras me persiguen desde que las leí hace unos días en el periódico. Qaraqosh ha sido liberado.... Suena como una frase que hubiera escuchado en una de esas películas clásicas de los años cincuenta... Podría imaginarla incluso en una viñeta cualquiera de Tintín. Pero no. Es real. Una buena noticia en medio del horror que viven Siria e Iraq. Según leo, el Estado Islámico ha sido expulsado de esta ciudad –y otras– cercana a Mosul. ¡Por fin! Paso las páginas buscando información de una ciudad de la que nunca había oído hablar. Leo las crónicas de los reporteros de guerra. Y descubro que Qaraqosh está cerca de la legendaria Nínive, la ciudad asiria que aparece mencionada en el Antiguo Testamento, junto al Tigris. El Tigris y el Éufrates, Babilonia, Mesopotamia... la cuna de la civilización, eso que



estudiamos en el cole de pequeños. El principio de todo, ni más ni menos. Y a pesar de mi desconocimiento y su lejanía, me atrae poderosamente. Para curar mi ignorancia, leo con avidez los artículos de los pocos reporteros españoles que se han desplazado hasta esa zona, jugándose la vida para informarnos. Según las palabras de uno de ellos, no sabe qué motivos le llevan a arriesgar su vida, pero sabe que tiene que estar allí. Quizás porque alguien tiene que hacerlo, alguien tiene que dar voz a las víctimas de esta guerra sin fin.

Qaraqosh tiene una particularidad. Fue cristiana desde casi el comienzo de nuestra era y así se ha mantenido hasta la actualidad; por eso fue un claro objetivo para las hordas del Estado Islámico. Sea como sea, es cristiana desde hace siglos, aunque los bárbaros han pretendido borrar la libertad de sus calles. Pero han sido expulsados. Ojalá que para siempre. Dejan tras de sí la destrucción –la marca de la casa–, pero ese primer domingo tras la liberación, se volvió a celebrar misa entre las ruinas de una iglesia de Qaraqosh.

No quiero imaginar el horror que han sufrido las personas que allí vivían. Y en medio de la barbarie una imagen me golpea. Es la fotografía de un soldado limpiando una estatua de la Virgen. Un soldado que habrá sido testigo de escenas terribles y, aun así, le quedan ánimos para



tratar con cariño a esa Virgen. Entonces me doy cuenta de la tibieza de mi fe que contrasta con los colores de la escena. Una cinta verde brillante rodea el cabello oscuro del soldado. Con un trapo rojo limpia el manto azul. Yo me siento como una imagen borrosa, desvaída, pero al mismo tiempo, me invade un sentimiento de pertenencia, de orgullo al compartir las creencias de ese soldado sin nombre.

Hace poco más de un año, escribí un artículo sobre Palmira en el que recordaba mis sensaciones cuando la visité hace ya muchos años. Y justo un año después vuelvo a viajar, esta vez virtualmente, a las tierras próximas al Tigris y al Éufrates. Entonces el detonante fue una foto en la que yo aparecía feliz rodeada por la grandeza de Palmira, que contrastaba con la desolación de las imágenes de su destrucción que reproducían todos los medios. Ahora ha sido esa fotografía del soldado y la Virgen. Me siento impotente. ¿Qué puedo hacer yo? Sólo puedo rezar por mis hermanos cristianos de Qaraqosh. Veo su grandeza y mi pequeñez.

John Wayne cruza el Rhin

Fernando Sánchez Dragó

(El Mundo)

Perdonen que me suba al carro de la victoria de Trump (y de Putin, que lleva cuatro encadenadas). Tengo derecho a ello. Son muy pocos en España los que se han atrevido a desear (no tanto a pronosticar) la victoria de Trump frente a la política más borde, más falsa, más hipócrita, más tramposa, más mentirosa y más corrupta del establishment estadounidense. Y yo, junto a Juan Manuel de Prada, he sido uno de ellos. Esta vez les ha salido el tiro por la culata a los mandarines de las grandes corporaciones financieras que hace ocho años auparon a Obama a la presidencia del Imperio. Algo, por fin, se mueve en el mundo. Terminó el buenismo, el multiculturalismo, el internacionalismo, la globalización económica, la corrección política, la demagogia izquierdista, los gorgoritos de doña Francisquita (el Papa bolivariano), el apoyo a los rebeldes yihadistas de Siria, el Tratado de Libre Comercio, la inmigración ilegal, el Welcome Refugees, la socialdemocracia y, probablemente, la Unión Europea. Que la Merkel vaya poniendo

a remojo las barbas que no tiene y que Marine Le Pen, y con ella los valores de la República, vaya pensando en la mudanza al Elíseo.

Reproduzco a continuación la columna que el domingo pasado publiqué en *El Mundo* impreso. Ésos son, esta vez, mis poderes...

El lobo feroz; La bruja

¡Hale, todos contra Trump, desde el último plumilla de la hoja parroquial del padre Ángel hasta el aprisco de los intelectuales progrepesebristas y el corral de Monipodio de quienes cuentan sus fajos de billetes, como lo hacía el Tío Gilito, en las cámaras blindadas de las corporaciones financieras! ¿Por qué será? El Lobo Feroz, que cierra filas con Clint Eastwood y apoya a Trump, ya lo dijo hace unos meses: por idénticas razones a las que hace ocho años movieron a los golfos apandadores de costumbre a organizar la mayor campaña publicitaria que se recuerda en apoyo de quien gracias a ellos llegaría a ser el peor presidente de la historia de Estados Unidos. Hablo de Obama. ¿De quién si no? ¿Hay o ha habido en ese país algún otro Señor de las Mil Guerras y los Mil Chanchullos que pueda arrebatarle el título? Sí, uno, que no es Señor, sino Señora, y que se llama Hillary, la Bruja. Soy yo quien le pongo el apodo, que sin duda refrendarían los millones de estadounidenses asqueados por el Sistema que el martes van a negarle su voto tratando de impedir así que se desencadene la tercera guerra mundial. ¿Exagero? No mucho, pues tan lúgubre vaticinio tiene su raíz en Siria y sólo Putin, el único político de verdad que hoy existe en un mundo gobernado por nenazas, puede evitarlo. Con Trump hace buenas migas. La Bruja lo detesta. Seguro que no le



temblará el pulso a la hora de hacer cuanto esté a su alcance para reanudar la guerra fría. Terrorífica ha sido su trayectoria de Secretaria de Estado. Ha armado al Isis, ha cerrado filas con Al Qaeda, ha cedido secretos militares a China, ha humillado al ejército, ha propiciado la inmigración masiva, ha hecho de gallina clueca para incubar ese huevo podrido que es el Tratado de Libre Comercio, ha sido correa de transmisión de una política económica que ha aumentado la deuda exterior de su país en veinte trillones (con tri de trilera) de dólares... Sospecho, pese a lo dicho y a lo que no digo, que ese endriago de culo gordo, sonrisa falsa e hipócrita campechanía acabará colándose, como lo hacen las brujas, por la chimenea del despacho oval. Ya lo cantó la coplilla: «vinieron los sarracenos / y nos molieron a palos / pues Dios ayuda a los malos / cuando son más que los buenos». Nunca mejor dicho lo de sarracenos. Sea. Me resigno. Pero durante unos días, hasta que el miércoles amanezca, el sprint final de Trump me alegra la vida.

Alegrada queda.

Y con anterioridad (20 de agosto del año en curso):

El lobo feroz. Sobre el sentido común

Decía Claude Bernard, padre de la medicina experimental: «Cuando los resultados de una prueba se encuentran en oposición con las teorías reinantes, deberíamos aceptar los hechos, no las teorías». De cajón, ¿no? Pues no.... Los socialdemócratas se aferran al wishful thinking de que aplicando las teorías de Keynes habrá menos pobres. La izquierda cree que subiendo los impuestos sucederá lo mismo. Los capitalistas están convencidos de que es el dinero, y no el trabajo, lo que produce riqueza. Los economistas confunden el consumo con la prosperidad y, peor aún, con la felicidad. La evidencia de que en todos los ejemplos citados sucede lo opuesto

no incita a sus valedores a rectificar. Y, encima, la gente los vota, cerrando los ojos a la evidencia de que la única ideología sensata es la que se atiene a la fuerza de los hechos. Valga como muestra lo que está pasando en el corazón del Imperio. Todos contra Trump, menos el pueblo llano, y a favor de una trapisondista que saltó a la fama aupándose sobre el plinto de la testosterona de su marido. Sin la ayuda de la Lewinsky seguiría siendo Hillary lo que era antes de que la becaria se arrodillase frente a la bragueta de Clinton: una marujona consorte, una embustera y una ambiciosa sin escrúpulos. Los torpedos que salen de la boca de Trump y que tanta indignación suscitan son verdades de a puño respaldadas por el sentido común. ¿Hay que reducir los impuestos? Sí. ¿Hay que eliminar peldaños en la escala de los tipos impositivos? Sí. ¿Hay que restringir con mano dura la inmigración? Sí. ¿Debe volver Estados Unidos a la doctrina Monroe renunciando al intervencionismo imperialista? Sí. ¿Hay que anular el Tratado de Libre Comercio y que dismantelar la OTAN? Sí. ¿Ha sido Obama el propagador, si no el fundador, del Estado Islámico? Sí. ¿Seguiría favoreciendo Hillary el terrorismo yihadista? Sí. ¿Ha reactivado uno de los cinco peores presidentes de la historia de su país la guerra fría con la demonización de Putin? Sí. ¿Es deshonesto la prensa al sacar de contexto y tergiversar las declaraciones de Trump? Sí. ¿Miente la Clinton News Network, antes CNN? Sí. Menos mal, de todas formas, que existe Hillary, pues sus compatriotas la detestan y cabe esperar que en el último momento, con tal de no votarla, opten por el único candidato que se atreve a decir en voz alta (y, quizá, a hacer) lo que muchos piensan y lo que pienso yo.



Quod erat demonstrandum,

Banzai!

Napoleón, el comunismo y Donald Trump

Javier R. Portella

(El Manifiesto)

Es extraordinaria la insensibilidad que nuestro tiempo y nuestras gentes tienen ante la dimensión simbólica de las cosas. Esta insensibilidad llega hasta el extremo de que, en medio del alud de comentarios que ha suscitado la victoria de Donald Trump, el asunto ha pasado totalmente desapercibido. Con la salvedad de este periódico, nadie ha aludido siquiera a ello en los medios de comunicación, tan ávidos son, no, por supuesto, de grandes hitos simbólicos, sino de lo que consideran más prosaicamente «interesantes cuestiones periodísticas».

Resulta que el día de ayer, 9 de noviembre, no es sólo el día en cuya madrugada del año 2016 se habrá producido el tsunami populista que hace temblar a nuestras indignas élites, alegra al pueblo llano y regocija a quienes podrían llegar a constituir un día unas nuevas y dignas élites. Este mismo día es aquel en el que se produjeron otros dos grandes hechos históricos que cambiaron la faz del mundo. En la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989 caía en Berlín el muro cuyo desmoronamiento significaba el fin del dominio comunista ejercido sobre Europa, así como el fin de la ideología que lo sustentaba.



Nadie podía imaginar entonces que semejante liberación iba a acarrear el intento de imponer a escala mundial el otro sistema, el otro totalitarismo, blando y melifluo, éste: el neoliberalismo que, ignorando pueblos, identidades, culturas y arraigos, ha intentado durante todos estos años globalizar el mundo y trasvasar sus poblaciones, al tiempo que su codicia capitalista lo empobrecía y arrasaba.

Aún lo intenta, por supuesto, y no será fácil liberarse de él. Pero es un signo más que alentador el constituido por la victoria, este 9 de noviembre, de Donald Trump, un líder con el temple, las agallas, la firmeza de un Napoleón.



¿De un Napoleón?... Sí, de aquel Napoleón que otro 9 de noviembre -el de 1799, correspondiente al 18 de brumario del año VIII- daba el golpe de Estado que le hacía acceder al Consulado y, cinco años más tarde, al Imperio. Nada más ni nada menos. Decididamente, se trata de una fecha marcada a fuego por los hados.

(P. S.: Por cierto, otro 9 de noviembre (el de 2014) es el día en que el separatismo montó en Cataluña un simulacro de referéndum separatista. Nada, sin embargo, tiene que ver con lo aquí evocado. De lo que aquí se hablaba era tan sólo de grandes hitos históricos).

Gran apoyo

Alfonso Ussía

(La Razón)

Puedo asegurar y aseguro -el asunto carece de la importancia que demanda un juramento-, que al leerlo por primera vez tuve la sensación de que estaba leyendo *La Codorniz*. Pero no. Es noticia que responde a la realidad. Pedro Sánchez ha interrumpido su vuelta a España en coche en pos de la militancia para volar a Washington en apoyo a Hillary Clinton. Es decir, que el hombre con menos apoyos en España se marcha a apoyar a la candidata demócrata a la presidencia de los Estados Unidos.

Une su esfuerzo al de Iceta, el gordito nacionalista del PSC, que concluyó su brillante intervención en el guateque que organizó su partido el pasado fin de semana con un vibrante mensaje a Hillary Clinton proclamado en su perfecto inglés de Oxbridge. Un inglés mejor aún que el de Garci el grande agradeciendo la concesión de su «Oscar», y que el francés del no menos grande Federico Martín Bahamontes dedicando su triunfo en el «Tour» de Francia a su esposa Fermina: «Je le dedique la victoire a Fermine, la madame de moi».

El problema de los que apoyan es que ignoran cómo van a reaccionar los apoyados. Si Hillary Clinton está bien informada, es muy probable que la apoyada renuncie a recibir al apoyador que le llega desde Madrid. Es gafe.

Por otra parte, Hillary Clinton no conoce personalmente a Pedro Sánchez, al que por lógica, considerará tan innecesario como irrelevante. Si lo recibe, gana Trump, como bien le habrá informado el señor embajador de los Estados Unidos en España. «Señora Clinton, si un tal Sánchez le pide audiencia para mostrale su apoyo, no se le ocurra recibirlo. De hacerlo, la victoria de Trump está asegurada».

El ánsar, el ganso común salvaje, cuando los fríos del norte de Europa se hacen insoportables, vuela hacia el sur de España para pasar unas largas y tibias vacaciones. Muchos de ellos aquí



restan para siempre. Son gansos necesitados de sol y temperaturas cálidas. Y viajeros. De una tacada vuelan desde los lagos de Podvorie, junto a San Petersburgo, a las dunas del Coto de Doñana, o a la albufera de Valencia, o a las Tablas de Daimiel. Son los ánsares más aficionados a



volar en pos del calor, exceptuando a Pedro Sánchez, que es el ganso por definición. Vuela a Almería, vuela a Málaga, vuela a Los Ángeles, y cuando todos creíamos que estaba ahíto de nubes y hambriento de kilómetros por carretera para visitar a sus militantes, deja el coche en el garaje, y vuela hacia Washington en apoyo a Hillary Clinton. Un ganso indesmayable.

Haría bien en plegar sus alas, olvidarse de apoyar a la Clinton, y ofrecer su apoyo a Margarita Robles y Zaida Cantera, a las que ha dejado con el pompilaje al aire. Su ministra de Justicia y su ministra de Defensa se mantienen en sus escaños, pero desde que Sánchez fue pateado por sus compañeros de partido, no reciben el calor y el cariño de antaño. Para apoyar a alguien se necesita la aprobación del sujeto apoyado. No se puede apoyar unilateralmente. Es una falta de educación. Si el que esto escribe decide apoyar a Ramón Espinar, es indispensable un permiso previo por parte del necesitado del apoyo. Recuerda un poco al Consejo Nacional del anterior régimen, un organismo que no servía para nada y cuyo único objeto, según Pemán, era el de reunirse una vez cada año para oír el discurso del aconsejado.

Las elecciones americanas van a salir mal, las gane quien las gane. Parece mentira que en los Estados Unidos sucedan estas cosas. Las dos opciones están empatadas. Si Sánchez apoya a Clinton, Trump será el próximo presidente. Si Clinton se niega a ser apoyada por Sánchez, todavía puede cambiar su tendencia a la baja y recuperar su esperanza. Sánchez apoya a Clinton y Trump apoya el apoyo. Un lío. Y todo por su afán de viajar y hacerse el interesante. Pobre.

La «alarma social» como excusa

Adolfo Prego

Abogado. Magistrado excedente del Tribunal Supremo (l)independiente.com

Con frecuencia vemos en los telediarios impactantes imágenes de redadas policiales. Agentes encapuchados con chalecos identificativos reflectantes entran en un edificio y sacan a la calle a una partida de individuos esposados, de catadura normalmente poco tranquilizadora. Suelen ser redadas de delincuentes peligrosos, cuya detención alivia al espectador al comprobar que se dejan por el momento fuera de la circulación pública a sujetos aparentemente muy capaces de abreviarle a uno los trámites del tránsito final. Si se trata además de individuos dedicados al tráfico de drogas, o al atraco a mano armada, o a cualquiera de esas actividades criminales en que se ataca directamente la vida o la integridad física, la noticia posterior de que se ha acordado su prisión provisional no choca al espectador.

Pero una cosa es la noticia de una operación policial de esa clase, realizada sobre delincuentes de esa calaña, y otra muy distinta la visión de esas otras operaciones, con idéntica ejecución aparente, en la que los detenidos que salen esposados en directa retransmisión televisiva, son gerentes de una empresa constructora, miembros de un equipo jurídico, empleados ordinarios, sin descartar a simples secretarías, o bien concejales de un ayuntamiento o funcionarios, todos ellos al parecer implicados en comportamientos criminales que no engendran peligro físico para los demás, sino que consisten en haber pagado o haber cobrado lo que no se puede pagar ni cobrar. Supuestos autores, pues, de delitos de corrupción.

Tan supuestos como lo son también los otros detenidos a que me he referido en primer lugar. Pero con la diferencia de que éstos causan miedo porque son realmente peligrosos, mientras que los otros, los de la delincuencia económica, producen indignación, irritación en la opinión pública, pero ninguna intranquilidad personal. Y ello porque, fuera de su ilícita actividad económica, estas personas conviven normalmente con el resto de los mortales. Y convendrá el lector en que entre estar en un restaurante rodeado de funcionarios o empresarios que practican la mordida, y estar en un local cuyos parroquianos son criminales violentos capaces de abrirte en canal, hay una importante diferencia en el distinto grado de desasosiego que unos y otros sujetos originan.

Pero esta diferente percepción, que me parece evidente, basada en la experiencia sin necesidad de ninguna demostración argumental, no se corresponde en los últimos tiempos con el uso que para unos y otros sujetos, presuntos delincuentes todos, se hace de la prisión provisional. El mayor rigor se está utilizando para los delincuentes de la mordida, para los del cohecho y la



prevaricación. Mientras que la benignidad se dispensa generosamente a los delincuentes del bando llamémosle peligroso. Y esto, que es tendencia incipiente, puede convertirse en una práctica generalizada peligrosa para el Estado de Derecho.

La retransmisión televisiva en plan show de detenciones masivas de personajes públicos en el campo de la delincuencia económica, seguidas del acuerdo de su prisión provisional, empieza a ser una instrumentalización a modo de herramienta ejemplarizante con el único fin de dar inmediata satisfacción a la indignación popular. Quizá porque

hoy se soporta menos al corrupto que se enriquece mediante el soborno que al asesino o al agresor que apuñala en una pelea.

El problema es que esta tendencia implica alterar valores esenciales propios del Estado de Derecho. Y nada es más difícil que recuperar lo que ha exigido varios siglos conquistar. No me estoy refiriendo a los cambios producidos en el grado de mayor o menor irritación que unos y otros delitos causan en la opinión pública. Me refiero a las razones oficiales que se usan actualmente para justificar la severidad en los delitos económicos frente a la benignidad en los demás, al acordar en ambos, antes de la celebración del juicio, la llamada prisión provisional.

La deformación de estos valores se evidencia precisamente por el desacierto de las razones que se están utilizando para justificar prisiones provisionales que no procede acordar. Al respecto conviene recordar algunas cosas elementales.

La prisión provisional es una medida excepcional que priva de libertad a quien no ha sido juzgado ni condenado por ningún tribunal en un juicio oral público con las garantías necesarias. Por eso el sacrificio que representa para quien la sufre sólo se justifica si concurren razones de utilidad o de necesidad social, capaces de compensar el daño personal de quien se ve privado de libertad sin juicio previo.

Conviene recordar a la opinión pública que la prisión provisional no es una pena que se impone anticipadamente por estar muy claro desde el principio que alguien es responsable de un crimen. Esto no es posible en el sistema jurídico propio de un Estado de Derecho porque descansa en una idea inadmisibles: la de que «como está muy claro que alguien ha cometido tal o cual delito, que vaya pagando ya por lo que ha hecho, porque tiempo habrá de que se le juzgue en el futuro».

La prisión provisional sólo se justifica si compensa, como medida excepcionalísima, para garantizar la presencia futura del sujeto ante el tribunal que habrá de juzgarle, es decir, cuando

se aprecia un verdadero y no inventado riesgo de fuga. Se justifica también si, por la notoria peligrosidad del individuo, sólo acordándola se evita la comisión de nuevas acciones criminales. Y en tercer lugar, se justifica si con la libertad del sujeto se arriesga la integridad de los elementos de prueba que se necesitarán en su enjuiciamiento.

En estos casos se busca, respectivamente, el aseguramiento de la presencia del individuo ante el tribunal, la seguridad de los ciudadanos protegiéndoles de posibles ataques de un individuo peligroso, y la integridad de los elementos de prueba precisos para su correcto enjuiciamiento. Sólo en estos casos compensa privarle de libertad anticipadamente, o sea, antes de una hipotética condena futura.

Sin embargo, cuando se trata de delitos económicos donde la prevaricación o el soborno de funcionarios es la pieza angular de la acción, la práctica de la prisión provisional está empezando a inclinarse hacia su instrumentalización para dar sobre la marcha, sin esperar el debido juicio justo, un escarmiento notorio que satisfaga inmediatamente las iras de la opinión pública. Pero como esto es una pura ilegalidad, la prisión así acordada suele envolverse en una apariencia de corrección por una de estas dos vías.

La primera envoltura consiste en usar una razón legal pero falsa: invocar que hay riesgo de fuga en el sujeto, porque puede sustraerse a la acción de la justicia. Sin embargo, cualquiera sabe que en esa clase de delitos económicos el riesgo de fuga es prácticamente inexistente. No sólo porque son individuos públicamente conocidos, identificados y de fácil localización, sino porque la complejidad de las acciones investigadas en estos delitos exige examinar numerosos expedientes, con miles de documentos, y un permanente contacto entre el denunciado y su abogado, para el análisis de ese ingente material documental en la preparación de una debida defensa. Esto por sí mismo suprime cualquier tentación de fuga que dejaría al denunciado sin la asistencia de su letrado, imprescindible para la defensa.



Además se trata normalmente de personas que no viven en las catacumbas del submundo del crimen, sino en la superficie visible del mundo normal, donde desempeñan trabajos plenamente integrados en la vida oficial y económica. He conocido atracadores, asesinos y traficantes de drogas que han desaparecido en cuanto han tenido oportunidad de fugarse (alguno incluso huyendo esposado desde las dependencias judiciales). Pero no conozco a ningún hombre público, concejal, funcionario, empresario, o persona de vida social normalizada, que implicado en un proceso de corrupción haya escapado para ocultarse en algún lugar recóndito, perdiendo de paso toda relación con su letrado.

La segunda envoltura consiste en usar una razón falsa y además ilegal: la invocación de la muy socorrida «alarma social». Expresión que no existe en nuestra ley procesal penal, y que no figura entre los criterios que justifican la prisión provisional. Pero que se usa continuamente.

Pues bien: si con ella se quiere indicar que la libertad del sujeto desencadenará el pánico, un miedo generalizado en los ciudadanos, cuando vean al denunciado por corrupción económica deambular libremente por la calle, dígame claramente que la prisión se acuerda por la atemorizante peligrosidad del sujeto y por la imaginaria probabilidad de que ataque a alguien. Dígame que la alarma social se produce porque su libertad causa desasosiego y miedo en las personas. Aunque yo no veo, sinceramente, que se pueda razonar tal cosa con relación a funcionarios que cobran sobornos o conceden licencias ilegales, o con relación a contratistas o concesionarios administrativos que pagan mordidas. ¿De verdad cree el lector que estos individuos al caminar por la calle aterrorizan al vecindario?

Si lo que se quiere indicar con la socorrida «alarma social» no es un estado de pánico general o de miedo, sino de irritación o indignación popular, dígame así con estas palabras, sin eufemismos ni envolturas expresivas de disimulo. Pero me temo que estas razones no pueden utilizarse en Derecho porque la indignación, por justificada que sea, nunca permite directamente privar a nadie de su libertad antes de ser juzgado. En el juicio será donde se valore su conducta con arreglo a la ley y no en los medios de comunicación, por mucho que reflejen un estado de irritación social.

Y todavía es peor que la indignación considerada con el eufemismo de «alarma social» no sea la de los ciudadanos contra el denunciado, sino la que pueda inspirar una crítica, siempre posible,



dirigida contra el servidor de la justicia que se atreve, cumpliendo con la ley, a acordar la libertad de quien no tiene por qué esperar al juicio encerrado en una prisión. Cuando esto sucede, la única alarma social que de verdad se origina es la que provoca quien, obligado a servir a la Justicia, y a aplicar correctamente la Ley, antepone al cumplimiento de su deber la preocupación por su propia imagen y por su tranquilidad personal.

Pero quien no sea capaz de resistir esta tensión mejor será que abandone la dignísima y secularmente maltratada función judicial, porque los jueces no deben estar pendientes de lo que se diga de

ellos. Han de atender a su conciencia y han de aplicar con corrección, objetividad e imparcialidad, el ordenamiento jurídico.

Afortunadamente esto es lo que sucede en la práctica totalidad de los casos. Pero empiezan a detectarse pequeñas desviaciones que, si no se atajan a tiempo, pueden convertirse en un verdadero problema para la seguridad jurídica de todos.

Sí esto llega algún día a extenderse, es decir a convertirse en una práctica generalizada, entonces se desencadenará una verdadera «alarma social». Y esta alarma social sí será en ese caso una alarma verdadera. No una alarma inventada.

Con Donald Trump mejorarán el aborto y libertad religiosa

P.J.G. / ReL

Con Donald Trump como presidente de Estados Unidos, el veterano activista provida y profamilia Mike Pence como vicepresidente y mayoría republicana tanto en el Congreso como en el Senado de EEUU, las cosas van a cambiar mucho en al menos 5 campos de batalla cultural relacionados con la defensa de la vida, la familia y la libertad religiosa en EEUU, lo cual tendrá también consecuencias en el extranjero.

Matthew Archbold, un analista del *Creative Minority Report*, los enumera en el *National Catholic Register*.

1. El Tribunal Supremo y los valores

En Estados Unidos los jueces crean jurisprudencia con casos extremos individuales, que son recurridos y acaban en el Tribunal Supremo, que dicta sentencias aplicables a todo el país. Los jueces del Tribunal Supremo lo son de por vida, y los eligen el Presidente y el Parlamento. Estos jueces sirven en el cargo hasta que deciden retirarse por edad o se mueren.

Obama, por ejemplo, quería sustituir al difunto juez católico y provida Antonin Scalia por el abortista Merrick Garland, pero los republicanos en el Parlamento lo lograron aplazar esperando las elecciones.

Donald Trump prometió designar jueces con valores provida e incluso hizo circular una lista de sus candidatos. Además, hay varios jueces de edad avanzada que pronto habrá que sustituir: Ruth Bader, de 83 años, Stephen G. Breyer, de 78, y Anthony M. Kennedy, de 80.

Hay numerosas leyes sobre aborto o ideología de género en distintos estados que están avanzando hacia el Tribunal Supremo: los jueces que Trump y su equipo designen establecerán el sentido de leyes a nivel nacional durante décadas.

2. La macropatrol del aborto, Planned Parenthood

Planned Parenthood, la gran patronal del aborto en EEUU, fundada por la eugenetista, racista y esotérica Margaret Sanger en 1921, recibía con Obama cada año 500 millones de dólares de los contribuyentes, que usaba para apoyar políticos afines a su lobby y al aborto y para amedrentar judicialmente a activistas provida como David Daleiden y Sandra Merritt, autores de los vídeos con cámara oculta en los que directivos abortistas ponen precios a partes de bebés mientras se ríen.



Cuando una administración pública o un Estado del país intentaba retirar fondos a Planned Parenthood, Obama amenazaba con quitar financiación federal a ese Estado o administración. Ahora todo eso cambiará. Las asociaciones provida presionarán a los políticos, sobre todo republicanos, para que ni un dólar público financie a la industria del aborto y Obama ya no estará para defenderla. Por eso Planned Parenthood, en un tuit al avanzar la noche electoral, publicaba: «Aterrorizados. Esperanzados. Pero realmente aterrorizados». Esos 500 millones de dólares anuales van a desaparecer rápido.

3. La ideología de género en las escuelas

Las leyes de ideología de género en Madrid, Cataluña, Andalucía y otras regiones españolas son draconianas y brutales comparadas con el mandato escolar transgénero de Obama, pero la diferencia es que en España las leyes se aprueban pero a menudo tardan un tiempo largo en aplicarse, desarrollarse o financiarse, mientras que en Estados Unidos enseguida se aplican con casos-bandera y multas ejemplares.

El mandato escolar transgénero de Obama obligaba a todas las escuelas públicas de EEUU a permitir que cada alumno (niño o adolescente) usara que cuarto de baño y el cuarto de vestuario que quisiera, según se autodeclarase hombre o mujer (u otra cosa). Ni siquiera le bastaba que hubiera una sala especial transgénero: cualquier hombre que se autodeclarase «de identidad femenina» podría entrar al cuarto de las chicas, desnudarse, mirarlas, etc...

Trump ha dicho que esta legislación la dejará a los estados. Eso ya es un mazazo para la ideología de género, que iba a usar los cuartos de baño como campo para obligar a todas las escuelas a aceptar sus postulados.

4. Libertad Religiosa

A golpe de leyes de género y de casos judiciales, durante la era Obama se ha erosionado la libertad religiosa: fotógrafos cristianos, pasteleros cristianos, floristas cristianas, universidades cristianas, etc... han sido juzgados y condenados con multas desorbitadas por negarse a colaborar en bodas del mismo sexo que repugnaban a su conciencia. Estos casos irán avanzando hacia el Tribunal Supremo. El país debate sobre la objeción de conciencia de los cristianos y la libertad religiosa, que antes se consideraba una piedra angular de la nación.

Hilary Clinton declaró en campaña: «Las creencias religiosas y las fobias estructurales han de modificarse. Los gobiernos deben emplear sus recursos coercitivos para redefinir los dogmas religiosos tradicionales». Y no se refería a conceptos como la yihad islámica, sino a la idea de que el matrimonio lo forman hombre y mujer, o que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

Por el contrario, Donald Trump prometió: «Defenderé vuestras libertades religiosas y el derecho a practicar libremente vuestra religión, como individuos, dueños de negocios e instituciones académicas»”.

5. Obamacare y el HHS Mandate: obligar a pagar el pecado

El elemento más visible de acoso a la libertad religiosa es la normativa que obliga a las Hermanitas de los Pobres a financiar mediante seguros médicos la anticoncepción o los abortos de sus empleados. Y si no lo hacen, se les amenaza con multas brutales. El dinero que los cristianos dan con fines cristianos se dedicará a prácticas anticristianas e inmorales por orden presidencial.

Cada vez que empresas y entidades religiosas – cristianas, judías, mormonas– intentaban objetar a esto se encontraban con denuncias de la administración o lobbies afines y amenazas de multas. Pero Donald Trump ya anunció que las normativas del Obamacare serían eliminadas y sustituidas.



Por supuesto, la forma práctica en que todo esto se desarrolle puede ser de lo más diversa, y no siempre del todo satisfactoria para las exigencias provida o profamilia.

Las asociaciones, esperanzadas

Brian Fisher, presidente de Human Coalition, una potente organización provida, avisa de que «si esperamos que el gobierno acabe con el holocausto del aborto quedaremos decepcionados, siempre; es la cultura, no solo las leyes, lo que hay que cambiar».

Pero el optimismo se extiende en las asociaciones provida. «Esta victoria electoral significa el final del mandato HHS.; vemos luz brillando al final del túnel», declaró el Padre Frank Pavone, de Sacerdotes por la Vida.

«Debido a los compromisos provida del presidente electo Donald Trump durante la campaña, ahora tenemos la posibilidad de hacer avanzar la agenda provida de forma significativa», asegura Lila Rose, presidenta de Live Action.

«Este es el momento de hacer sentir la presión a las nuevas administraciones bajo la presidencia de Trump, para asegurar que se cumplen las promesas, que los inocentes son protegidos y que el corrupto cártel del aborto es derrotado contundentemente», anima Troy Newman de la asociación Operación Rescate.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

[ES23.0019.0050.0140.1010.8382](https://www.es23.0019.0050.0140.1010.8382)

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.